

Algunos principios en la educación de la afectividad

José Antonio Alcázar Cano
FOMENTO DE CENTROS DE ENSEÑANZA
ESPAÑA

1. Principio de la unidad de la persona.

Al plantearnos cualquier tarea educativa no podemos perder de vista la unidad de la persona. “La persona es una y las divisiones que presentamos —cuerpo y alma; conjunto biológico, afectivo e intelectual; inteligencia y voluntad, ...— no son más que diferentes aspectos desde los que podemos acercarnos a lo único real, que es el conjunto”⁴ armónico *–la persona–* para afrontar el estudio de una realidad tan compleja.

Constatamos a diario esta realidad: un dolor de muelas es suficiente para no entender con claridad lo que se está diciendo en una reunión, o para quitarnos los deseos de escuchar nuestra música preferida. Cuando uno está bajo los efectos de un intenso dolor de muelas no está para nadie, excepto para el odontólogo, y lo antes posible. De igual forma, cuando nos enfadamos y la pasión nos domina, no estamos precisamente en las mejores condiciones para tomar decisiones importantes. Nuestra vida afectiva influye en nuestros juicios: basta ver los comportamientos de personas normales en los estadios de fútbol. También podemos considerar el efecto contrario: en más de una ocasión nosotros mismos habremos comprobado cómo la necesidad de terminar un trabajo o de hacer reír a un niño que celebra su cumpleaños, nos hace olvidar el cansancio y las contrariedades del día.

Está claro que la base somática de la persona –su cuerpo– tiene una influencia clara en la capacidad de modulación y expresión de la vida afectiva. De este modo, cuando se está enfermo o

² Artículo de Manuel Ordeig Corsini (*Voluntad y afectividad*) en <http://es.catholic.net/educadorescatolicos/758/2413/articulo.php?id=23030>

³ San Josémaría: Forja, 750. Rialp. Madrid.

⁴ Javaloyes, J. J.: *El arte de enseñar a amar*. Palabra. Madrid, 2001. Pág 29.

cansado se puede estar más fácilmente irritable o susceptible, se albergan sentimientos más pesimistas, etc. Por el contrario, la buena salud, el descanso... nos permiten afrontar la vida con empuje y ánimo. Lo mismo se puede afirmar de la interrelación entre afectividad e inteligencia, y entre afectividad y voluntad. Las personas más virtuosas controlan mejor sus reacciones y las más inteligentes pueden comprender mejor sus afectos.

En consecuencia, “una sólida formación no tiene por qué limitarse a la sola información, nutriendo la inteligencia, sino que se debe prestar especial atención a la educación de la voluntad, de los sentimientos, de las emociones y pasiones, así como también abarcar la educación del corazón. En efecto, para tender a la madurez en la vida afectivo-sexual, es necesario el dominio de sí, el cual presupone virtudes tales como el pudor, la templanza, el respeto propio y ajeno, la humildad, la apertura al prójimo; es decir, tanto la actuación de la voluntad como la del corazón”.⁵

La misma caridad, virtud principal, necesita de la compañía del afecto para manifestarse de modo pleno, como insistía San Josemaría al decir que no es suficiente con la caridad, pues todos necesitamos del *cariño*.⁶

La unidad de vida es una tarea: un esfuerzo ético. Es la tarea de mejorar, de perfeccionarse, de llegar a ser la persona que podemos ser (a ser *yo mismo*). La integración propia de la conducta coherente habrá que conseguirla según el orden de la propia naturaleza humana, es decir, debe confiarse a la inteligencia y a la voluntad, potencias superiores del ser humano. La afectividad, por sí sola, tiende más bien a desintegrar, porque es cambiante y variable según las circunstancias. Y la potencia directriz es la voluntad, por lo que todo el esfuerzo integrador de la conducta es obra fundamentalmente de la voluntad. Es la dinámica de la libertad, por la que somos autores — protagonistas— de nuestra propia biografía.

En este proceso de integración de los afectos por la voluntad más que de reprimir o controlar los afectos, se trata de integrarlos en la vida y conducta diaria. Una adecuada formación personal va llevando progresivamente a la adquisición de capacidades integradas, al equilibrio interior propio de las personas maduras. Este proceso educativo no está exento de dificultades y tensiones: la madurez afectiva exige cultivar los sentimientos, con la ayuda de la gracia de Dios y el esfuerzo personal, para conseguir progresivamente la unidad y el equilibrio interior, en que la voluntad asume los afectos, a la vez que éstos *matizan* y dan *colorido* el querer voluntario. Esta integración trae como consecuencia la armonía y estabilidad de la persona.

Por estas razones, una persona madura posee una vida afectiva de gran vitalidad: un *corazón grande*. Sus sentimientos educados facilitan su querer, lo reafirman y lo acompañan, de manera que no sólo quiere el bien, sino que lo quiere *con todo el corazón*. Es capaz de gozar, de sufrir, de superar los altibajos, de distinguir un estado de ánimo de una decisión voluntaria, de odiar el mal y de enfadarse cuando hay motivo. En definitiva, es dueña de sus sentimientos.

Consecuencias para la educación:

⁵ J. A. López Ortega: *Educación de la sexualidad*. Eunsa. Pamplona, 1994. Pág. 136.

⁶ San Josemaría: *Con la fuerza del amor*, en *Amigos de Dios*, n. 229. Rialp. Madrid.

- La afectividad no puede estudiarse ni entenderse de forma aislada. Tampoco educarse. En cualquier programa o método que pretenda la educación de la afectividad hay que considerarla integrada en un todo único: el ser personal.
- Conveniencia de, siempre que sea posible, integrar el cultivo de la afectividad en los programas escolares:
 - o En el currículum de las materias.
 - o En programas especiales complementarios.
- En la tarea integradora, la potencia directriz es la voluntad. Educar es, sobre todo, formar la voluntad. Ha de primarse, especialmente en las etapas anteriores a la adolescencia, la adquisición de hábitos y virtudes. Se trata de *enseñar conductas*: la conducta es la gran modeladora de la sensibilidad y de la afectividad. La manera de vivir *tira con fuerza* de la manera de sentir.
- En la orientación personal de cada hijo o alumno, ayudar a pasar de la reflexión a la acción, que es la gran promotora de los cambios. Promover los compromisos: ilusión por ser mejor
- Reforzar la idea de que, si bien importa lo que siento, lo que importa sobre todo es lo que hago. Que entiendan que lo más importante de una persona no es lo que siente sin más —en el sentido de lo que le pasa *pasajeramente*, por dentro o por fuera— sino lo que ella hace, y sobre todo lo que acaba haciendo de una manera *sentida*, poniendo el corazón.
- Ayudar también a descubrir la satisfacción por el deber cumplido, por la obra bien hecha. Enseñar a reconocer y saborear la alegría íntima que acompaña al bien: a sentirse bien haciendo el bien (y mal haciendo el mal).

2. Principio de identidad – singularidad de la persona.

La persona es única, individual, diferente de cualquier otra, irrepetible, insustituible, impar, original. En cada uno todo se experimenta y se vive de forma exclusiva, de manera radical.

No debemos olvidar que la educación de la afectividad encuentra su verdadero sentido cuando se ofrece personalmente, pues sólo con este proceder se tendrá en cuenta el desarrollo psico-físico de cada uno, su madurez afectiva, intelectual, corporal y moral. En efecto, la sensibilidad, la madurez orgánica, afectiva, intelectual, se van configurando con un ritmo diferente en cada persona y esta realidad hace necesario atender a cada cual según su particular modo de ser y sus necesidades: a los que son diferentes no se les puede educar igual.

La familia es el ámbito propio del desarrollo más profundo de la identidad personal: las actitudes más radicales ante la vida, la formación moral y religiosa, el uso responsable de la libertad y, en general, la orientación y el cultivo de la personalidad se educan principalmente en el seno familiar. Allí, la persona recibe los primeros y más decisivos estímulos para el desarrollo sensorial, lingüístico, intelectual y físico. Familia y colegio se necesitan mutuamente, aunque el protagonismo y la principal responsabilidad la tiene la primera. En efecto, por naturaleza, el derecho irrenunciable y la responsabilidad de la educación de los alumnos corresponde a sus padres, a quienes el centro educativo

subsidia (ayuda) en su tarea indelegable de primeros y fundamentales educadores, conscientes de que, por grande que pueda ser la influencia educativa de la escuela, no tiene la hondura, ni la extensión, ni la continuidad del ambiente familiar.

Consecuencias para la educación:

- Es necesario que los educadores (padres y formadores) piensen en cada uno, en cada una, para así adaptarse a la situación personal de cada hijo o alumno.
- Los programas formativos dirigidos a grupos de alumnos tienen un innegable valor, aunque limitado calado formativa por su misma condición de colectivo. Es muy interesante que estos programas —herramientas muy útiles— insistan, promuevan y faciliten (a través de guías u orientaciones prácticas, por ejemplo) el encuentro personal. Encuentro en el que se ofrezca y oriente hacia el compromiso personal con los valores presentes en los programas.
- Corresponde al centro educativo, en primer y principal lugar, ayudar a los padres de los alumnos para que puedan ser de hecho lo que les corresponde por derecho: los primeros y principales educadores de sus hijos. Los padres —el matrimonio en común— son los únicos que tienen originariamente el derecho y deber de educar a sus hijos. Los profesores participan de este derecho-deber subsidiariamente, en la medida que los padres realizan este encargo al centro educativo, sin dejar por ello su responsabilidad. Son los padres quienes han de proponer las metas educativas para sus hijos, quienes trazan las líneas maestras de un auténtico proyecto educativo personal: ¿Qué quiero para mi hijo? ¿Cómo lo quiero educar? En la práctica, empiezan a responder a esas preguntas cuando eligen un determinado tipo de centro educativo para sus hijos. Por esto,
 - o interesa facilitar y fomentar desde el centro educativo la implicación de los padres en la educación de sus hijos, ofreciéndoles ocasiones y seguridad sobre sus enormes posibilidades educativas. Esta tarea se plantea como un objetivo primordial de toda la actividad de los profesores: ofrecer a los padres ocasiones y medios de actuar educativamente con sus hijos, en su ámbito propio, el ambiente familiar, con su buen ejemplo y compartiendo el tiempo con los hijos en actividades realmente educativas y enriquecedoras para toda la familia.
 - o Los padres necesitan que se les ofrezca ilusión, seguridad de que son capaces de educar muy bien a sus hijos y una amplia gama de sugerencias prácticas de modos de hacer educativos en familia. Las entrevistas de asesoramiento educativo familiar representan un momento especialmente eficaz para este fin.
 - o Los programas a los que me refería con anterioridad deberían incorporar, como parte del programa, algunas actividades con los padres, o —al menos— ofrecer algunas orientaciones prácticas sobre cómo afrontar estos temas con sus hijos en le seno familiar.

3. Principio de la distinción complementaria entre hombre y mujer.

Mujer y hombre son diferentes: físicamente, afectivamente, intelectivamente... La sexualidad es un componente claramente determinante de la personalidad. Determina al sujeto a ser persona masculina o persona femenina; es decir, varón o mujer. Estructuralmente —no de modo moral— es la diferenciación mayor que se da en el individuo. Este modo de definición que abarca

connotaciones fisiológicas, afectivas y de relación, es determinante para la realización personal de los individuos singulares.

Cuando hablamos de la afectividad del hombre o de la mujer, nos estamos refiriendo a dos modos distintos, pero complementarios, de apreciarse, de valorarse, de sentir la personalidad, la presencia *del otro*. Nadie trata ni es tratado(a) de modo igual por un hombre que por una mujer; ni siquiera mira de modo igual ni es mirado(a) de igual modo por un hombre que por una mujer.

También el sustrato físico nos arroja algunas luces: la sexualidad de él se regula por una hormona, la de ella por dos. Los cambios físicos que se producen cíclicamente con la ovulación y menstruación explican que cada día la sensibilidad física afectiva señale pequeñas o grandes alteraciones que se resisten al control.

La riqueza afectiva de la mujer es más intensa y extensa que la del varón. Por eso es la mujer la que *enseñará al varón* a vivir de un modo más afectivo. El ha de aprender qué significa, ternura, delicadeza, detalle, oportunidad, mimo, complicidad... Ella ha de aprender que él está aprendiendo siempre y no termina nunca de conseguirlo...

Consecuencias para la educación:

- Conviene elaborar programas formativos distintos, aunque paralelos, adaptados a la diferente madurez y sensibilidad de mujeres y varones.
- En la adolescencia, es importante explicar a los hijos o alumnos *cómo siente* el otro sexo. También se debe dar a conocer la diferencia entre pudor masculino y femenino, con la distinta reacción sensual de ambos, y el distinto modo afectivo de relacionarse y de tratarse. Si la chica conoce bien el alcance de la presentación de su cuerpo en la percepción del varón, podrá preservar a éste
- Se debe prestar una especialísima y prioritaria atención a la mujer, ya que es la protagonista principal del amor humano.
- Se debería afrontar una rehabilitación de la maternidad: pensar algunos medios específicos. Es importante que vean el amor a la maternidad, primero en sus propias madres... A los niños y niñas, desde bien pequeños, inculcarles una especial atención, respeto y admiración por la mujer que espera un niño. Si se da esta educación previa en las mujeres, a través de ellas el varón adquirirá conciencia de su tendencia a la paternidad.
- Rehabilitación de la castidad y el pudor. Cultivo de la auténtica feminidad. Explicación clara (tanto antropológica como fenomenológica) del alcance provocativo de ciertas prendas de vestir o de la desnudez.
- Rehabilitación del enamoramiento: es la relación de más valor en el ser humano, en la que éstos se implican con toda su persona, cuerpo y alma. Una relación fuerte, emocionante, que permite el desarrollo pleno de ambas personalidades y crea la felicidad personal y la de las personas de alrededor. Interesa fomentar un cierto romanticismo. Hablar del amor; sin temer ni siquiera a los

amores —imperfectos— que se dan en la adolescencia, ya que son base de los demás y preparan y preservan al chico y a la chica para el amor maduro.

4. Principio de la libertad comprometida

La libertad de cada persona, hecho diferencial en el que se fundamenta la dignidad del hombre y su superioridad sobre los seres que carecen de razón, se impone como el dato previo y fundamental de cualquier programa de educación en la familia y en la escuela.

Educar en y para la libertad supone educar personas que quieran ser buenas, no que sólo se porten bien mientras que alguien les vigila. La libertad exige poner en juego la *inteligencia* y la *voluntad*.

En efecto, la verdad —objeto propio de la inteligencia— condiciona y hace posible a un tiempo el ejercicio de la libertad, de modo que quienes intentan *liberarse* de espaldas a la verdad, encadenan su libertad y empobrecen su propio yo. No son libres quienes están sometidos a sus instintos y carecen del señorío interior para dominar sus impulsos primarios, ni aquellos que se muestran incapaces de superar la parcialidad de su mundo subjetivo de sentimientos y emociones para conocer la realidad tal cual es, independiente de nosotros.

Educar supone hacer pensar: no formar personas de respuesta aprendida. Una auténtica educación de la libertad ha de pretender que los alumnos se "aficionen" a buscar la verdad, sin olvidar que los hombres podemos ser muy aficionados a buscar la verdad, pero bastante reacios a aceptarla. No se puede decir que la verdad no exista, ni que dé igual una verdad que otra, ni que la verdad se vaya a componer entre las opiniones de todos, pero sí ha de aceptarse que muchos otros tendrán alguna parte de verdad en ámbitos muy diversos, y también nos iluminan con sus aportaciones y sus hallazgos en esa necesaria y liberadora búsqueda.

Otro aspecto importante de esta educación en y para la libertad es la educación para el compromiso. "El compromiso hunde sus razones en la libertad. Sin libertad no puede haber compromiso"⁷.

El afecto por excelencia es el amor, y el amor exige donación, entrega del yo. El amor entusiasmo y el desamor ensimisma: amar es desentenderse de sí para centrarse en el otro. "La persona no es un centro sino una capacidad de centrarse, de darse sin perderse."⁸

Importa, y mucho, reforzar la capacidad de vincularse, de comprometerse, de darse. El compromiso no se opone a los afectos, sino que al contrario, les da solidez y profundidad. Al darse, la persona gana en libertad y en amor. "La apertura o manifestación del ser humano se realiza a través de elementos singulares, principalmente sus palabras y sus obras. Pero a través de ellas puede manifestar su ser personal, y entonces no sólo da, sino que —y sobre todo— se da; de esta forma la persona actualiza eminentemente su libertad radical"⁹. La libertad comprometida es más dueña de

⁷ Polaino, A.: *Familia y autoestima*. Ariel, Barcelona, 2004. Pág. 111.

⁸ Polo, L.: *La persona y su crecimiento*. Eunsa. Pamplona, 1999. Pág. 27.

⁹ Altarejos, F y Naval, C.: *Filosofía de la educación*. 2ª edición. Eunsa. Pamplona, 2004. Pág. 179.

sus sentimientos —sentimientos sin sentimentalismo que convierte a la persona en esclavo de su sentir y apetecer—, y en esto consiste la madurez afectiva.

Esta capacidad de compromiso tiene que ver con una voluntad fortalecida con el ejercicio de las virtudes, especialmente las relacionadas con la templanza y la fortaleza, que hacen posible el autodomínio. Ser libre supone ser capaz de hacer lo que se quiere, aunque en ese momento no apetezca y no se sientan ganas.

No son pocas las familias en las que los padres que procuran a toda costa evitar a los hijos dolores, contrariedades y sufrimientos, satisfaciendo muchos de sus caprichos y demandas de manera inmediata. Esto da como resultado jóvenes sin fuerza ni vigor, incapaces de hacer lo que deben y quieren cuando no les apetece, incapaces de resistir el menor contratiempo. “Por eso, muchas veces conviene negar lo que los sentimientos nos piden, aunque sea justo; eso nos entrena. No comer y beber siempre y en todo lo que nos apetece. No dejarnos llevar siempre por la persona que más nos agrada, etc. Al igual que el gimnasta se entrena (...) yo debo entrenar mi esfera afectiva e intelectual. (...) Si no quiero dejarme llevar por la ira, el rencor o una sensualidad fuera de lugar, debo entrenarme en situaciones neutras; porque así cuando llegue la situación comprometida tendré las energías físicas y psicológicas para vencer”¹⁰.

Consecuencias para la educación:

- Los educadores han de hacer el esfuerzo de ofrecer la verdad y ayudar a descubrirla, de modo que puedan transmitir ideas claras a los niños y jóvenes. Esto supone un esfuerzo renovador por encontrar modos de sintonizar con las preocupaciones, anhelos e intereses de los adolescentes de hoy.
- Hacer pensar. Enseñar a argumentar, a exponer lo que se piensa y a defenderlo con simpatía ante opiniones contrarias. Es muy importante que las verdades descubiertas tengan sentido, significado, en la propia vida, de modo que se pueda dar razón del vivir.
- Diálogo confiado, en la familia o en la escuela, el que se ayude a pensar.
 - o Ayudar a convertir las aspiraciones o anhelos —afectividad— en proyectos y objetivos —inteligencia—.
 - o Enseñar a reflexionar sobre la propia conducta (motivos) y sobre la conveniencia para nuestros proyectos de lo que sentimos. “Una explicación racional puede modificar un embrollo sentimental”¹¹.
 - o Enseñar a juzgar las propias emociones y a decidir qué se quiere hacer con ellas.
- Fortalecer la voluntad para que sea capaz de esfuerzo, de renuncia, de dolor. El doctor Polaino habla de educar para el sufrimiento, ya que quien sabe sufrir sabe amar¹².
 - o En primerísimo lugar ayudar a los padres a descubrir que han de enseñar a sus hijos, sobre todo con el ejemplo, a sacrificarse por los demás.

¹⁰ Gudín, M.: Cerebro y afectividad. Eunsa. Pamplona, 2001. Págs. 164-165.

¹¹ Gudín, M.: Cerebro y afectividad. Eunsa. Pamplona, 2001. Pág. 164.

¹² Polaino-Lorente, A.: Familia y autoestima. Ariel. Barcelona, 2004.

- Guerra al capricho. Proponer a los padres modos prácticos de vivir la templanza en la familia. Se debe trabajar con especial intensidad en la infancia.
 - No olvidar, en los planes de formación en virtudes de los centros educativos, que las virtudes se adquieren a través de la repetición de actos libres, por lo que han de programarse y facilitarse ocasiones abundantes de ejercitarse en las virtudes en las que se desea crecer.
- La orientación personal (preceptoría, asesoramiento, etc.) debe ayudar a los alumnos y alumnas a ejercitarse en el compromiso. Un formador es un promotor de compromisos, de libertad.

5. Principio de la comunicación (comprensión y expresión) de la afectividad

La afectividad influye poderosamente en nuestra relación con las personas y las cosas. Este influjo se manifiesta, en muchas ocasiones, con más rapidez e intensidad de una forma somática que intelectual: palpitaciones, sudoración, risa, cerrar los ojos, seguir con la mirada... El llamado lenguaje corporal es, en cierto modo, una manifestación de esta realidad. En efecto, no expresamos verbalmente la mayoría de nuestros sentimientos, más bien los expresamos con los gestos —expresiones de cara o con las manos—, el tono de la voz, la postura corporal, los silencios, etc. Esta capacidad de expresión sentimental hunde sus raíces en la primera infancia. Recientes investigaciones han puesto de manifiesto —por ejemplo— que los niños menores de un año absorben e imitan las emociones expresadas por una actriz ante un muñeco en televisión, en tan solo 20 segundos¹³.

Estamos continuamente emitiendo, recibiendo e interpretando estas señales en nuestra relación con los demás. Es sorprendente, por ejemplo, considerar cómo nuestra cara y nuestros ojos reflejan a veces misteriosamente nuestro estado interior. Muchos desequilibrios emocionales tienen su origen en no saber manifestar los propios sentimientos. Se siente, y a veces con gran intensidad, pero no se sabe traducir en palabras y no se acaba de entender lo que realmente está ocurriendo. La timidez y el orgullo son dos barreras para la expresión sentimental. Es cierto que algunos sentimientos han de exteriorizarse en la intimidad —es pudor—, pero silenciarlos o cubrirlos con una capa de indiferencia entorpece el desarrollo afectivo

Una adecuada educación afectiva nos ayudará a tener conciencia de nuestras propias emociones, como base para la comprensión de los sentimientos de los otros, así como a descubrir que en una relación interpersonal existen diversas emociones, que es preciso conocer para entender bien la situación y poder actuar con acierto. Este desarrollo empático ayuda a relacionarse con más seguridad personal, permite que el amor —y otros afectos— se exprese más cómodamente, con fluidez e con intensidad. ¡Cuántas reacciones afectivas se han interpretado como falta de amor en lugar de faltas de autodomínio! ¡Cuántos escrúpulos se han refugiado en el análisis exhaustivo de las reacciones afectivas, generando sentimientos autodestructivos!

Del mismo modo, las personas sensibles ante los sentimientos ajenos generan confianza en sus relaciones, son más sociables, más capaces de amistad y más estables emocionalmente. La

¹³ Investigación de la Universidad de Tufos (USA). Publicado en *Child Development*, enero, 2003

propia afectividad está al servicio de la comunicación con el otro, de manera sublime en la comunicación del amor.

Consecuencias para la educación:

- Podríamos señalar los siguientes objetivos a los programas o actividades de relación interpersonal:
 - Enseñar a conocerse, a reconocer las propias emociones, a comprender los motivos del propio actuar: no percibir con ecuanimidad los propios sentimientos supone quedar a su merced.
 - Enseñar a reconocer los sentimientos de los demás. Hacerles conscientes de las repercusiones que sus palabras o su conducta tiene en los sentimientos de los demás. Enseñar a fijarse en los demás con interés sincero y con naturalidad.
 - Enseñar a expresar las emociones. Dotar de un amplio vocabulario emocional, especialmente a los varones. Desarrollar el sentido del pudor en la expresión de la propia afectividad. Este último aspecto cobra especial interés en un mundo en el que las *prime-time* estás repletas de *reallity shows*.

- Como medios, podemos destacar:
 - el juego simbólico y el cuento en los más pequeños.
 - Las anécdotas de la vida real o historias (cine, literatura) nos ayudan a apreciar o deprecia sentimientos que mueven conductas. Los relatos, las imágenes y la conducta observada funcionan mejor que los argumentos teóricos y nos pueden servir para desarrollar la capacidad de observación y de juicio moral.
 - La dramatización de situaciones con un contenido sentimental que ha de comprenderse, analizarse, juzgarse... y ante el que hay que ofrecer respuestas sentimentales y morales.

6. Principio de gradualidad.

Toda educación es progresiva, también la de la afectividad: infancia, niñez, adolescencia, juventud, madurez, noviazgo, matrimonio, vejez... En cada una de estas etapas la afectividad se manifiesta de forma diferente.

La naturaleza lo impone desde el nacimiento: la alimentación, el sueño, el crecimiento, el peso, las primeras palabras, los movimientos... todo se va adquiriendo gradualmente. Desde lo más sencillo hasta lo más complejo. Por más que nos empeñemos, algunos conocimientos no los podemos enseñar sin que antes se hayan aprendido otros. Algunos hábitos se tornan imposibles sin la preparación previa. Este fenómeno no es exclusivo de la educación: en la construcción, en la empresa, en cualquier organización y tarea humanas, es necesario seguir una secuencia y esperar a que la flor preceda al fruto y éste madure, para ser cogido en sazón.

Consecuencias para la educación:

- El primer trato del *recién nacido* con la realidad es afectivo. Ya a los dos meses los ojos de su madre son el centro preferido de su atención. Cobra especial importancia desde el principio el mostrarle que hay límites, así como mucho cariño sin ansiedad. Si se satisfacen todos sus antojos, se le impedirá desarrollar su capacidad de resistir el impulso y tolerar la frustración y su carácter se iría volviendo egocéntrico y arrogante.
- En los primeros de vida años va configurándose el temple básico del niño. Hacia el *primer año* la madre va a enseñando al niño si hay que sentir y qué hay que sentir sobre el entorno. La seguridad del afecto de la madre es lo que permite al niño apartarse, explorar, dominar los miedos y los problemas. El amor incondicional propio de la familia va ayudando al niño a adquirir seguridad y estabilidad afectiva. Las experiencias infantiles impregnadas de afecto pasan a formar parte de la personalidad a través de la memoria. *Hacia los dos años* entran en su mundo las miradas ajenas. Disfrutan al ser mirados con cariño: ¡mira cómo...! A partir de ahora cobra gran fuerza educativa la satisfacción ante el elogio o ante las muestras de aprobación o disgusto de aquellos a quien él aprecia.
- *Hacia los 7-8 años* nos convertimos en actores y jueces: con el uso de razón entran en juego la reflexión y la libertad. Y aparecen el orgullo y la vergüenza aunque no haya espectadores. *Hacia los 10 años* pueden ya integrar sentimientos opuestos y empiezan a darse cuenta de que los sentimientos deben controlarse. La inteligencia se va haciendo objetiva y puede objetivar los valores que eran sentidos. Las lecciones emocionales de los primeros años son muy importantes. Una infancia rodeada de cariño facilita el ser positivo, la seguridad, la confianza en los demás... En la infancia se hace especialmente importante el trabajo educativo que se dirige a la adquisición de virtudes, a través del ejercicio.
- Con la llegada de *la pubertad* son llamativas la inestabilidad general y la intensa excitabilidad. Lo más importante y característico de esta etapa es el comienzo del desarrollo de la propia intimidad. Aparecen conductas egocéntricas y presuntuosas —habla en primera persona, se siente víctima, se ruboriza cuando se habla de él, etc.—, así como una desconfianza generalizada. Necesita seguridad y pueden aparecer sentimientos de duda e inferioridad. Muchas veces, su enfrentamiento con personas o situaciones es, sobre todo, autoafirmación. Es preciso estar atentos para ayudarles a evitar complejos. Una buena atención personal les ayudará a conocer sus buenas cualidades, como punto de apoyo para su seguridad personal y para que puedan ponerlas al servicio de los demás. La inseguridad personal provoca igualmente hipersensibilidad y sentido del ridículo que, paradójicamente, van acompañados de un vivo deseo de libertad, autoafirmación y autosuficiencia, que a veces les lleva a rechazar la autoridad. Con un sentido optimista y positivo de la educación aprenderán a aceptar sus propias limitaciones y a conocer sus defectos, que es la primera condición para luchar por superarlos. Es también un momento especialmente adecuado para cultivar las virtudes del pudor y la sinceridad, así como para ayudar a superar los respetos humanos.
- *La adolescencia* es una etapa decisiva en la historia de toda persona. Todo ese abrirse a ilusiones nuevas, a nuevos amores, y el descubrir la propia intimidad viene empapado por el despertar de una gran sensibilidad, en la que los sentimientos fluyen con fuerza y variabilidad extraordinarias: es la edad de los grandes ánimos y desánimos, también de los ideales, en la que muchos experimentan la rebeldía de no poder controlar sus sentimientos ni comprender su complejidad. Se siente y se vive todo con mayor intensidad, se está como en carne viva y todo

afecta más. Esto da lugar a la inestabilidad emotiva tan propia de los adolescentes: los cambios de humor son rápidos y abundantes y cualquier cosa les puede influir. Miran al futuro con afán de poseer lo que aún no tienen (criterios y gustos propios) y buscan afirmar su propia personalidad con rebeldía, que es como un mecanismo de defensa de lo propio ante las imposiciones que puedan venir dadas desde fuera. Para la afirmación del adolescente entraña, por lo general, una gran inseguridad, ante la que reacciona manifestando externamente una seguridad que suele ser sólo aparente. En esta etapa de la vida cobra especial importancia el ayudar a pensar, a razonar, a juzgar y a argumentar a favor de su pensamiento. Es el momento de que la reflexión personal vaya modelando la vida afectiva con libertad.

7. Principio de organización de la actividad educativa: planificar y evaluar.

a. Planificar

Se trata de algo tan sencillo como de pensar antes que hacer, para poder hacer bien. En la educación de los hijos o alumnos, también. ¿Cómo nos gustaría que fuesen? ¿Qué valores queremos transmitirles? ¿Qué significa hoy, este mes, que queremos que sea feliz? Con otras palabras, cuáles son nuestros objetivos, los medios que ponemos para conseguirlos, el tiempo que dedicamos a esa tarea, el modo en que vamos a valorar los progresos, el momento en que nos vamos a replantear si estamos en el camino adecuado, etc.

“Convendría señalar la acción preventiva como punto muy importante de la educación de la sexualidad, para evitar oportunamente las posibles desviaciones sexuales y favorecer el desarrollo armónico de la personalidad, ya que casi siempre el tratamiento para corregirlas exige enormes esfuerzos y, en muchos casos, desgraciadamente, el daño ocasionado es irreparable”.¹⁴

Para llevar las riendas de la educación de los jóvenes, sin esperar a ver si *salen buenos*, no se sabe muy bien por qué, es imprescindible una planificación, aunque sea mínima.

b. Evaluar

Es el paso siguiente: si he planificado, de cuando en cuando es bueno preguntarse ¿estoy consiguiendo lo que me propuse? Es suficiente una conversación entre los esposos, serena, pasando revista a cada hijo. También es muy interesante comentar nuestras apreciaciones con su profesor o tutor, y escucharle.

Consecuencias para la educación:

- La orientación personal de los niños y jóvenes (tutoría o preceptoría), o de sus padres (orientación o asesoramiento familiar) debe ayudar a los jóvenes o a sus padres a proyectar su propia mejora personal: metas concretas, planes de acción educativa en la familia, etc.

¹⁴ J. A. López Ortega: Educación de la sexualidad. Eunsa. Pamplona, 1994. Pág. 16.

- Los programas de educación de la afectividad necesitan de una programación de objetivos y medios, así como de mecanismos de evaluación (indicadores de conducta, escalas de valoración, etc.) que ayuden a hacerlos cada día más eficaces.

Y un consejo final: sean positivos, y plantéense *muy en serio* hacer algo.

Ser positivo no es ser ingenuo, o no querer considerar la dificultad de las cosas. De hecho, la vida cultural está sentimentalizada y tanto los medios de comunicación como el ocio audiovisual (teleseries, videojuegos, Internet, canciones, etc.) no ayudan en este sentido. Ser positivo es estar convencido de que el ser humano siempre tienen más de bueno que defectos, es confiar en que son capaces de lo mejor. Es darse cuenta, además, de que lo que motiva e ilusiona es conseguir lo grande, no encasquillarse en la renuncia, sin darse cuenta de qué se quiere conseguir con la renuncia, es descubrir el bien y aprender a saborearlo. Por eso, una adecuada educación de la afectividad estará siempre más orientada hacia los valores, hacia la entrega y hacia el amor, que a denunciar riesgos y peligros.

Ser positivo no es pensar que lo valioso se consigue sin esfuerzo, sino saber que todo ese esfuerzo vale la pena: se trata de que aprendan a amar, y amar es la actividad más maravillosa y excelsa que podemos hacer los hombres. No debe extrañarnos, pues, que nos exija esfuerzo.

Estamos en un momento social en el que hemos de sentirnos responsables de aportar nuestro esfuerzo y energía, cada uno según su posibilidad y circunstancia, para ofrecer a miles, —¡a millones!— de niños y adolescentes una auténtica educación afectiva que les haga capaces de amar y de llevar adelante su proyecto personal de vida. Es necesaria una auténtica movilización social. Usted, ¿qué está haciendo? ¿qué podría empezar a hacer?

Ciudad de México, 19 de mayo de 2006

(algunos llaman a esta realidad principio de la paciencia de género)

Si a esto le añadimos la natural ingenuidad del hispano medio: tralara, tralará...; aún provoca una alteración mayor que la hormonal

Ella cuenta sus cosas para compartirlas...

El las escucha y da lecciones:

Ella piensa "este chico está tonto" habré acertado casándome con él "hasta que descubre que los otros modelos tienen los mismos defectos de origen

A nuestros hijos hemos de educarles diferencialmente y en algún momento enseñarles el capítulo de la afectividad. No sin antes haberles prevenido... porque, después de toda la explicación, no se lo pueden creer... Unos que podamos ser tan simples o y otros que puedan ser tan complejas